

despique, le dixéron: Qué, ¿somos nosotros ciegos? Si fuéseis ciegos, les respondió el Salvador, estaríais sin pecado; pero pues decís que veis claramente, vuestro pecado subsiste: las mismas luces y la ciencia que os lisonjeais tener, hacen vuestra condenacion, y la quitan toda excusa á vuestra infidelidad. Fué como decirles, en sentir de san Agustin: Si vosotros conociérais que sois ciegos, recurriría al médico; pero permanecéis pecadores, porque siendo sábios y santos á vuestros propios ojos, no creéis tener necesidad de nadie que os alumbré y os santifique.

§. XXXVIII.

La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad.

Habiendo confundido el Salvador la necia vanidad de estos soberbios que se metían á directores de los otros, viviendo ellos mismos en una tan lastimosa ceguedad, les propuso, baxo la parábola del pastor y de las ovejas, los tres diversos caracteres de tres suertes de personas que se entrometen en el gobierno de las almas (Joan. 10.). Les dixo, pues, que algunos en lugar de entrar en el redil por la puerta, como el verdadero pastor, entran por algun agujero, ó por otras partes, como los ladrones para hurtar, degollar y perder; y les explicó este enigma, diciéndoles: que él era la puerta por donde se debe entrar á conducir el rebaño. Representanos al mismo tiempo la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él; y á los fieles como unas ovejas de que él es el padre y el pastor.

Hay otros, añadió, que habiendo entrado por la puerta, conducen las ovejas con un espíritu de mercenario; de suerte, que amándose únicamente á sí mismos, las abandonan luego que ven el lobo. Finalmente, hay pastores buenos y legítimos que entran á la verdad por la puerta haciendo que el portero les abra; conocen á las ovejas; y las ovejas los conocen á ellos por la voz: éstos tienen gran cuidado de ellas, las conducen á los buenos pastos, y las aman hasta exponer su vida por ellas

cuando se ofrece la ocasion. Todas las calidades de estos últimos se las aplicó el Salvador á sí mismo, é hizo ver que él era el buen pastor por excelencia, pues habia venido á dar su vida por sus ovejas, y á darla de muy buena gana, pues nadie se la podia quitar si él no queria; y cuando la hubiere dado, él mismo la volverá á tomar sin que nadie se lo pueda embarazar. Dixo, en fin, que los que habian venido antes que él, y se habian atribuido la autoridad y el nombre del Mesías, no lo eran, pues no tenian ninguna de las calidades del buen pastor; que por lo demas, los judíos no eran las únicas ovejas por que queria dar su vida; que habia otros, es á saber, los gentiles, que era necesario traer á su redil; y que de todos los que oirían su voz, y creerian en él, así judíos como gentiles, se haría un solo rebaño, de que él mismo sería el único pastor.

Este razonamiento del Salvador excitó una nueva division entre sus oyentes: unos decían que estaba poseido del demonio, otros defendían que el razonamiento que acababa de hacer no era de quien estaba endemoniado, y que el demonio no abría los ojos de los ciegos de nacimiento, ni expelia á los otros demonios de los cuerpos de los endemoniados.

Poco tiempo despues, miéntras la solemnidad de la renovacion del templo que se celebraba en invierno, paseándose Jesus en el pórtico de Salomon, se juntaron los judíos alrededor de él, y le dixéron: ¿Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres Cristo, dínoslo claramente. Ha mucho tiempo, que os hablo, les dixo, y no me creéis: las cosas que hago en el nombre de mi Padre, os dicen con bastante claridad quién soy; pero vosotros no creéis ni á mis palabras, ni á mis obras: lo que mi Padre me ha dado, es sobre todas las cosas, y ninguno puede arrebatarme nada de entre las manos. Estas palabras las entienden los santos padres de la naturaleza y del poder divino que el Padre da al Hijo por su generacion eterna; y como los judíos le habian pedido al Salvador que les dixese claramente si era el Hijo de Dios, y si era Dios, les responde sin rodeos, diciéndoles: *Mi Padre y yo somos una misma cosa* (Joan. 10.). una misma naturaleza, una misma esencia; tenemos un mismo poder, una misma sabiduría, una misma eternidad, y

una misma virtud. No podia el Salvador hacer una declaracion mas expresa ni mas clara de su divinidad; así lo comprendieron tambien los judíos, y creyeron no poder dar otro sentido á estas palabras; y esto fue lo que los movió á quererle apedrear. Entonces les dixo Jesus: He hecho á vuestros ojos muchas buenas obras y muchos prodigios por la virtud de mi Padre: ¿por cuál de estas obras y de estos prodigios me queréis apedrear? No te queremos apedrear por ninguna buena obra, respondió aquella gavilla de escribas y fariseos, sino porque siendo hombre, quieres que te tengan por Dios.

El Salvador no piensa en retratar ó modificar la proposicion que acaba de proferir; antes bien la confirma con un razonamiento que no tiene réplica, y que confunde la malignidad del corazon y del espíritu de aquellos malignos censores. Los profetas, les dice, son llamados dioses en la Escritura, por haberse dirigido á ellos, y habérseles confiado la palabra de Dios: ¿con cuánta mas razon, pues, el Verbo de Dios será tambien Dios? Todo lo que hago demuestra con evidencia que he sido santificado; esto es, engendrado desde la eternidad por mi Padre, y enviado por él en tiempo al mundo para ser el Mesías: *Y vosotros tenéis osadía para decir que blasfemo porque he dicho que soy el Hijo de Dios (Joan. 10.).* Sino hago obras de Hijo de Dios, de un hombre Dios, de Mesías, no me creais, y decid que soy un impostor y que blasfemo; pero si las hago, y no queréis creerme, creed á mis obras, para que conozcais que el Padre está en mí, y yo en él: que mi Padre y yo somos una misma cosa.

Influye mucho el corazon sobre nuestros pensamientos y nuestros juicios para que dexé ver la verdad á aquellos á quienes ciega la pasion. Los escribas y fariseos, confundidos por el Salvador, no eran por eso ménos incrédulos, y su ódio contra Jesucristo crecía juntamente con su indocilidad: hubieran querido prenderle, pero temian algun tumulto popular; y Jesus, que no quería anticipar su hora, se retiró y los dexó. Sin embargo, la malicia de los fariseos no pudo estorbar el que muchos de los que le habian oido creyesen en él, y le viniesen á buscar al otro lado del Jordán donde se habia retirado, y se declarasen por sus discípulos. Juan, decian éstos, no hizo milagros, y Jesus ha-

ce muchos: por otra parte, todo cuanto Juan dixo de este hombre ha sido verdad; y así nosotros debemos creer sobre su palabra que es el Mesías, y unirnos á él. Los milagros de Jesucristo, y el testimonio de Jesucristo eran dos pruebas simples, pero convincentes; era preciso que la pasion les hubiera cegado tanto como á los escribas y fariseos para que no se rindieran á unos testimonios tan claros y tan seguros.

§. XXXIX.

Jesucristo se hospeda en la casa de Marta, y manifiesta la hipocresía de los fariseos.

Pasando el Hijo de Dios con sus discípulos por Betánia, se hospedó en casa de Marta, hermana de María y de Lázaro, á quienes profesaba una particular estimacion y amistad: fue recibido de ellos con el mayor gozo; y mientras que Marta andaba muy solícita en disponer lo que era menester para tratar como era razon á su divino huésped, su hermana se estaba sentada á los pies de Jesus, oyendo con el mayor gusto y atencion sus santas instrucciones. Viendo Marta que el trabajo de cuidar de los huéspedes estaba todo sobre ella, se quejó al Salvador de que su hermana la habia dexado sola en la faena de servirles; y le pidió que la mandase fuese á ayudarla, y que no la dexara trabajar á ella sola; pero justificando Jesus la devocion de María y su eleccion, dixo á Marta: Marta, Marta, andas muy solícita, y te embarazas en muchas cosas; y á la verdad, una sola cosa es necesaria: María ha elegido la mejor parte, la cual jamás se la quitará (*Luc. 9.*). No condena el Salvador la hospitalidad que Marta exercia con tanta caridad con él y con sus discípulos; solo condena la inquietud y turbacion que causa una solitud demasiado grande; pero prefiere todavía á esta caridad el zelo de la propia perfeccion, y el cuidado de la salvacion, el que sin disputa es la sola cosa indispensablemente necesaria, y que se debe preferir á todo cuidado por loable que sea. Murmuraban mucho entre sí los fariseos porque Jesus se habia puesto á

la mesa sin haberse lavado antes las manos; el Salvador, que penetraba todos sus mas secretos pensamientos, se valió de esta ocasion para quitar la mascarilla á su hipocresía, y hacerles conócer las groseras ilusiones de que se alimentaban.

Vosotros los fariseos, les dixo con un tono de maestro, teneis gran cuidado de purificar el exterior de la copa y del plato; y el aseo exterior es una de las partes de vuestro carácter, al paso que teneis el alma manchada con mil pecados de que hacéis poco escrupulo; vuestro corazon está lleno de rapiñas y de iniquidad; y con tal que vuestras manos estén lavadas, estais muy tranquilos (*Luc. 11.*). Insensatos, ¿ ignorais que Dios no hace caso sino de la inocencia y de la pureza interior, y que cuando el corazon está corrompido, la limpieza exterior solo hace que el hombre sea un sepulcro blanqueado? Vosotros pregónais vuestras pretendidas buenas obras, haceis alarde de vuestros ayunos, de vuestras limosnas, y de vuestra aparente regularidad: Hipócritas, ¿ qué ganais con esta ostentacion de virtud? La estimacion de los hombres, y ésta es toda vuestra recompensa. ¡ Infelices de vosotros, que por ser un poco estimados de los hombres sois reprobados de Dios!

¡ Ay de vosotros, añadió el Salvador, que os contentais con pagar el diezmo de los frutos de vuestros huertos, y violais al mismo tiempo la ley en los puntos mas esenciales, y descuidais de hacer justicia á los hombres, y de amar á Dios! Está muy bien que hagais esas cosas, pero no debiais omitir estas ótras. ¡ Ay de vosotros, que haceis escrupulo de las cosas menores, y cometeis los mas enormes delitos sin remordimiento! Sois semejantes á los que tienen miedo de tragarse un mosquito, y no reparan, por decirlo así, en tragarse un camello. Gustais ocupar los primeros puestos en las juntas: deseais ser saludados en los sitios públicos; y con pretexto de vuestras largas oraciones, os creéis con derecho para oprimir á la viuda y al huérfano, y para cometer mil injusticias.

Los doctores de la ley no dexáron de conocer que todas estas reconvenciones recaían sobre ellos; y así tomando la palabra uno de ellos, le dixo: Maestro, tam-

bien tú nos deshonras con estos baldones. Pero el Salvador no por eso dexó de proseguir en decirles: ¡ Ay de vosotros que imponeis á los ótros un yugo que vosotros no habeis querido ni aun mover con la punta del dedo; y que no entrando en el cielo, quereis cerrarles tambien la puerta á los ótros! Reconvínoles tambien con que aquellos ornatos magníficos con que enriquecian los sepulcros de los profetas, á quienes sus padres habian quitado la vida, no dexaban de ser señales de la aprobacion que daban á los delitos de sus antepasados; pues persiguiendo á los que les decian la verdad, mostraban claramente que eran hijos de los que habian quitado la vida á los profetas. Dió fin á este razonamiento, diciéndoles (*Matth. 23.*): Acabad de llenar la medida de la iniquidad de vuestros padres. Y añadió esta terrible aménaza: Voy á enviaros profetas, sábios é intérpretes de la ley: mataréis á unos, crucificareis á ótros; á ótros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente que ha sido derramada por vuestros padres. En verdad os digo, que todo esto recaerá sobre el pueblo del día de hoy. Levantando despues la voz, exclamó: Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que son enviados á ti de parte del Señor; ¡ cuántas veces he querido congrega tus hijos, como las gallinas juntan sus polluelos baxo sus alas, y no has querido! (Tómase aquí Jerusalen por toda la nacion judáica.) Veis aquí que vuestra casa se os va á dexar desierta; es decir, vuestra ciudad y vuestro templo van á ser presa de vuestros enemigos, los que las convertirán en una horrorosa soledad.

S. XL.

Predice otra vez Jesucristo la ruina total de Jerusalem, figura de lo que debe preceder al juicio final; y exhorta á sus discípulos á ser fieles.

Pocos dias despues, habiendo salido Jesus del templo, se retiraba; y he aquí que acercándosele sus discípulos, le dixeron que considerara el edificio y la magnificencia de aquella fábrica; pero el Señor les dixo gimiendo: ¿Veis todo esto? Pues en verdad os digo, que de todo ello no quedará piedra sobre piedra, que todo será destruido y trastornado. Esta profecía se cumplió á la letra despues de la toma de Jerusalem por los romanos, cuarenta años despues de la muerte del Salvador del mundo.

Estando Jesus sentado sobre el monte Olivete, le preguntaron sus discípulos, cuándo sucederia lo que les acababa de predecir, y qué señal habria de su venida, y de la consumacion de los siglos. No tuvo el Salvador por conveniente el satisfacer esta inútil curiosidad: contentóse con hacerles una pintura viva y espantosa de la ruina de Jerusalem; y con motivo de esta desolacion general de la nacion judáica, en castigo del delito que habia cometido, les hizo el Salvador una sucinta descripcion de las terribles señales y horrendas calamidades que han de preceder al juicio final, de las que la ruina entera de Jerusalem, y todas sus calamidades solo eran una débil é imperfecta figura.

(*Matth. 24.*). Al fin de los siglos, les dixo, que será en el tiempo que Dios tiene determinado en sus eternos decretos, se verá un general trastorno de toda la naturaleza, la cual se armará, digámoslo así, para vengar al Criador del menosprecio que se habrá hecho de su omnipotencia y de su bondad. Entonces un enxambre de falsos profetas extenderán por todas partes sus malignos artificios para engañar, si fuera posible, á los mismos escogidos; todo estará en una horrible confusion; todo se-

rará guerras, divisiones, revoluciones: levantaránse unas naciones contra otras; la paz será desterrada hasta en las familias: no se verán sino fantasmas, fenómenos espantosos, presagios funestos: los vivos estarán tan pálidos y tan asustados, que mas tendrán caras de muertos que de vivos: el mundo en aquellos dias de tribulacion no será habitado sino de esqueletos, hasta que los vayvenes frecuentes y violentos de la tierra, que se abrirá por todas partes, hagan conocer claramente que toda la masa se va á disolver: la horrible furia del mar se hará oír por el ruido de sus olas, las que encrespándose y levántandose como montañas, no presentarán á los ojos sino horrosos precipicios: el cielo, todo fuego, no mostrará ya astro alguno brillante: todo resplandor se extinguirá; y aquella profunda noche fecunda en rayos, que se verá partir de entre un fuego que la mano del Todopoderoso habrá encendido, anunciará, digámoslo así, los funerales del mundo: los lloros, los gemidos, los gritos de desesperacion de todos los hombres, y los ahullidos espantosos de todos los animales, harán sentir bastantemente que llega el fin del mundo; sin embargo, todas estas cosas no serán sino anuncios, y como el preludio del juicio final. Figuráos como podais, cuál será la consternacion de los hombres al ver este espantoso trastorno del universo. Felices entonces, no los grandes, no los reyes de la tierra, á los cuales su poder no les será de socorro alguno: felices solo los justos, á quienes su inocencia asegurará y consolará, cuando verán comparecer sobre las nubes con un gran poder y una gran magestad al Hijo del hombre, precedido de su cruz, como de su estandarte, baxo la cual se pondrán en orden todos aquellos que habiéndose alistado en la milicia del Salvador, hubieren muerto en su servicio. Entonces, habiendo resucitado ya todos los hombres, comparecerán ante su tribunal para ser juzgados, y para oír la sentencia irrevocable de su eterno destino.

Por lo que mira al dia y hora de este espantoso suceso, de que nadie, excepto mi Padre, tiene la menor noticia, este momento está oculto aun á los mismos ángeles; y así vosotros no esteis impacientes por querer saberlo; lo que debéis hacer es, disponeros por medio de

una vida inocente y rica en buenas obras para salir bien de un juicio en que todo será justicia y severidad.

Jesucristo sabía el día y hora del juicio final; no solo en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre-Dios, siendo debido á su humanidad este conocimiento por razon de la union substancial con la naturaleza divina. Jesucristo, pues, quiso significar solamente que no habia sido enviado para enseñarles á los hombres este misterio, sino para enseñarles los medios de prevenirse contra las calamidades que le han de preceder, acompañar y seguir; y así, habiéndoles encargado que estuviesen alerta contra los falsos profetas, que nada omitirian para engañar á los fieles por medio de bellas palabras y de fingidos milagros, les exhorta á velar sin cesar para no ser sorprendidos.

Díceles despues, que estando puestos por intendentes ó mayordomos de su casa para distribuir á su pueblo el alimento de la divina palabra, debian cumplir fielmente con este encargo, no haciendo como el economo insensato, que viendo que su amo no vuelve, disipa en comilonas y locuras el caudal que se le ha confiado, y solo se sirve de la autoridad que tiene sobre los demas criados para maltratarlos, el cual merece por esta conducta desarrreglada ser precipitado con los hipócritas é infieles á aquel lugar de tormentos, donde no hay sino lloros y rechinar de dientes: que pues el soberano Juez debe venir sin avisarles el día ni la hora, velasen continuamente, como velaría un padre de familias si supiera la hora y la noche en que habia de venir el ladron á robar su casa: que pues conocian y sabian la voluntad de su amo, serian mucho mas culpables si no la cumplian; y que cuanto mas se les confiaba, tanto mayor sería la cuenta que tendrian que dar. Finalmente, que despues de haber hecho todo lo que se les habia mandado, lejos de engrirse y envanecerse, se tuviesen por unos criados inútiles. Advirtióles tambien que en el cumplimiento exacto de su ministerio no esperasen honra ni alabanza de parte de los hombres: que solo debian esperar ser despreciados del mundo; pero que Dios, por el cual debian únicamente trabajar, sería tambien su única recompensa.

Continuando el Salvador en recorrer los lugares que estaban al lado de allá del Jordan, respecto de la Judea, y

viéndose seguido de una infinidad de gente, se volvió hácia ellos, y les dixo (*Luc. 14.*): El que viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo: como tampoco el que no lleva cada dia su cruz y me sigue. No entiende aquí el Salvador por aborrecer á su padre y á su madre una aversion ó un ódio formal; solo entiende que debemos estar dispuestos á sacrificarlo todo por su amor: la palabra *aborrecer* significa aquí, como tambien en otros lugares de la Escritura, amar menos; y así es como se explica san Mateo, cuando dice Jesucristo: *El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí* (*Matth. 20.*). Tambien pone el Salvador por fundamento de la salvacion la renuncia general de corazon de todas las cosas; y así dice: Cualquiera de vosotros que no renunciare todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo. Como si dixera: en vano os empeñais en seguirme, si no despegais el corazon del amor de las cosas de la tierra, y si no estais dispuestos á privaros de todo lo que estimais mas, desde el punto que puede esto ser un obstáculo al grande y único negocio de la salvacion.

§. XLI.

Jesucristo dice que ha venido singularmente por los pecadores; y da saludables documentos á sus discipulos.

No pudiendo los escribas y fariseos sufrir la bondad y mansedumbre con que el Salvador dexaba se llegasen toda suerte de gentes, sin exceptuar á los publicanos y personas de mala vida (lo que chocaba mucho á aquellos soberbios hipócritas, siempre prontos á decir (*Luc. 15.*), No te arrimes á mí que estoy puro y limpio): para confundirlos, les dixo Jesus: Un hombre que tiene cien ovejas, ¿no dexa las noventa y nueve por correr tras la una que se ha descarriado; y habiéndola encontrado, no la carga gozoso sobre sus hombros, y la vuelve al rebaño, y convida á todos sus amigos á que se gocen con él? Asimismo